

III.

ESCUPTORES.

Si D. Felipe II miraba con tanta devoción como se ha visto, la industria de pintores y arquitectos, no descuidaba ni un punto el respeto y miramiento que se debe á los buenos maestros y cultivadores de la escultura. Y así como de los arquitectos y peritos en tan noble arte no se han citado aquí sinó los primeros y más principales, de igual manera, y por no hacer este punto demasiado largo, se habrán de señalar ahora no más de aquellos nombres insignes de escultores á quienes el Rey Prudente prefirió y puso como á la cabeza de todos en la fábrica del Escorial. También á éstos ordenó que en su género labrasen obras inmortales para norma y admiración de las generaciones que habían de suceder. Ni tampoco aquí, como allí, pueden caber los nombres de muchos arquitectos y escultores que en diversas regiones de sus Estados enriquecía y estimulaba S. M., encargándoles obras de segundo orden de piedra, maderas y de metal, sinó exclusivamente los que vinieron traídos por su real llamamiento para ejecutar en su presencia las estatuas, piezas y figuras que habían de formar el adorno exterior del grandioso cenobio.

Merece el primer lugar entre todos ellos, como especial tributo al arte patrio, el célebre y tan conocido escultor *Juan Bautista Monegro*, aquel aventajadísimo discípulo de Berruguete que tanto honró en España, Italia y otras naciones el nombre de su maestro. De Monegro dejó escrito Fr. José de Sigüenza que fué «excelente artífice, de quien hiciera más caso la antigüedad y aun España si fuera italiano ó venido de Grecia»¹. Pero Felipe II, tan conocedor del mérito de los

¹ *Crónica ó Historia de la Orden de San Jerónimo*, libro 4.º, página 701.

hombres y tan buen remunerador de artistas y sabios afamados, conocida la destreza y maestría de Monegro en materias de escultura, llamóle luego á su lado para embellecer y adornar con el primor de sus obras el Real Monasterio de San Lorenzo. Dejó al instante á Roma el escultor español, donde á la sazón se hallaba ejecutando para los poderosos de la Ciudad Eterna obras memorables y de mucha perfección. Pasó al Escorial: examinóle con preguntas y miradas el Fundador, y, hallado capaz, le dió encargo de labrar aquellas seis estatuas colosales de granito del patio principal, que representan otros tantos Reyes de la Antigua Ley, el San Lorenzo, también ajigantado, de la fachada de Poniente, y los cuatro Evangelistas de mármol que ofrece el patio de su nombre¹.

Todo lo cual refiere mejor en su *Descripción* el Padre Andrés Jiménez, de esta suerte: «Fué Monegro discípulo del insigne escultor, pintor y arquitecto Alonso Berruguete, español; pasó á Roma, donde executó cosas memorables: vino despues llamado del Fundador á esta casa, en donde hizo siete eminentes estatuas, que son: la de San Lorenzo en el pórtico, y las de los seis Reyes de la fachada del templo: son excelentes en la execucion, y cada una tiene diez y siete piés de altura. Hizo tambien las cuatro estatuas de los Evangelistas con sus insignias, que están en la fuente del patio del claustro principal, y por unas y otras es digno de colocarse entre los artífices de mérito»².

¹ Es tradición y creencia común muy fundada que el San Lorenzo y los seis Reyes, que son de igual tamaño, fueron sacados de una misma piedra. Por tal motivo se repite con gran frecuencia hasta por los niños de las calles del Escorial, aquel estribillo: «Seis Reyes hebreos y un santo—Salieron de un solo canto—Y quedó para otro tanto.»

² Vidas de varios señalados Artífices, *Descripción del Monasterio del Escorial*, por el Padre Fray Andrés Jiménez, pág. 426. Confunden algunos escritores poco escrupulosos al autor de las estatuas dichas del Escorial con el otro maestro renombrado Juan Bautista Monegro, quien por encargo del Emmo. Sr. Cardenal Primado D. Bernardo Sandoval y Rojas hizo con la regularidad y lindeza que hoy ostenta, la capilla de Nuestra Señora del Sagrario en la catedral de Toledo. Fueron, sin duda, ambos arquitectos nacidos en la misma imperial ciudad, y tuvieron la profesión y el nombre común. Entrambos eran muy con-

No bastante satisfecho el celo de D. Felipe con tanto proteger y fomentar, como se ha visto, las escuelas patrias del arte, llenando de honores y de riquezas á sus famosos maestros, lo extendió además por otros países y naciones. Arriba quedan brevemente señalados los pintores de tanta fama é inspiración artística que trajo á España para que convirtiesen el Real Monasterio en uno de los primeros Museos de la Península. Pues bien; en aquellos días volaba por todo el mundo el renombre y celebridad de los estatuarios *Leon Leoni* y su hijo *Pompeyo Leoni*. También á estos artífices famosos llamó y atrajo con grandes ventajas y promesas el Prudente Monarca¹. Por real encargo y voluntad, ambos artistas, padre é hijo, llevaron á término perfectísimo las quince estatuas soberbias y acabadas de bronce dorado á fuego, que forman el mejor y más rico adorno del Altar Mayor de la Basílica Escorialense. Allí, en aquel trono de la Divina Majestad y rostro del templo, tenía fijas sus miradas principales el Monarca Fundador. Las partes y el todo de este primer altar quiso que fuesen lo mejor y más consumado del arte. El cual regio deseo quedó ejecutado y satisfecho merced al ingenio de León y Pompeyo Leoni². Por tales sendas logró el Rey Prudente llenar á España de riquezas artísticas de pintura, arquitectura y escultura.

Pérdida muy grande y muy llorada fué para las artes y para el mismo D. Felipe la falta del primero de aquellos escultores. Sorprendióle la muerte precisamente cuando ponía remate á las quince estatuas arriba dichas. «Después de acabadas, añade Jiménez, murió León Leoni, y el insigne Pompeyo su hijo suplió su falta en las otras diez estatuas de personas

sumados artistas; pero uno, discípulo de Berruguete, muerto én 1545; el otro, primer maestro y director de la obra del Sagrario toledano, que se acabó el año 1616.

¹ «Leon Leoni y Pompeyo Leoni su hijo, famosos estatuarios de Milan, fueron llamados del Señor Felipe II al tiempo de la fundacion de esta Octava Maravilla.» Jiménez, *Descripcion*, pág. 428.

² «Eran los artífices señalados de la Europa, y correspondieron á las altas esperanzas que de ellos se prometía el Rey. Executaron los dos las quince estatuas grandes del Altar Mayor, dándoles un aire y gentileza admirables.» Jiménez, libro y lugar citados.

reales que están en los Entierros de un lado y otro de la Capilla Mayor; las que dejó concluidas con gran valentía y acierto»¹. Son, con efecto, las obras de arte que en el altar mayor y enterramientos del templo del Escorial dejaron ambos italianos, de grande efecto y excelencia. Representan á varios Santos y Doctores de la Iglesia. Su tamaño guarda proporción con la altura en que se hallan, para que al espectador parezcan todas ellas de magnitud natural. Lo que sucede admirablemente, por más que el Santo Cristo con las otras cuatro estatuas que ostenta el último cuerpo ú orden del altar, midan cada una más de nueve piés de alto.

El Prudente Rey quedó complacidísimo de que el mundo por venir pudiese contemplar tan acabados ejemplares y modelos de Escultura; y como parecía justo y muy propio de su liberalidad para con los buenos artífices, premió á Pompeyo Leoni con regia prodigalidad. «Remuneró el Rey, escribe el religioso autor que se va citando, los servicios de Pompeyo generosamente, *dándole riquezas correspondientes á su Real magnificencia, y haciéndole mercedes y honores muy distinguidos*; con los que se volvió á Italia muy gustoso, y allá acabó su vida por los años de mil y seiscientos»².

Bien se pudieran ahora traer á la memoria muchos otros ejemplos y casos no comprendidos en el Cenobio famoso de San Lorenzo, para mayor confirmación y crédito de lo ya muy probado. Mas no parece menester; porque lo dicho basta y sobra para dejar harto de manifiesto, cómo D. Felipe II fué protector celosísimo y favorecedor incansable de las artes en España, quizá cual ninguno de los predecesores suyos que empuñaron el cetro de Recaredo.

¹ Jiménez, *Descripcion*, pág. 429.

² Vidas de varios señalados Artífices, *Descripcion del Real Monasterio* citada, pág. 429.

IV.

ARTES INFERIORES.

Sería camino interminable referir minuciosamente las obras de arte ménos noble que D. Felipe II mandó ejecutar fuera y dentro de estos reinos para dar remate y belleza á la Maravilla del Escorial. Quienes hayan manejado las Crónicas, Historias y Descripciónes de aquella casa, recordarán que el Fundador tenía ocupados artistas menores, ó de segundo orden en casi todas las ciudades de España. Ante todo llamó á su real presencia los mejores maquinistas y mecánicos de aquel tiempo, para que fabricasen los instrumentos más útiles y perfectos con que ventajosamente trabajasen los obreros y todo género de maestros, capataces y oficiales: con lo cual recibieron no poco empuje y provecho la maquinaria y la mecánica ¹. Desparramadas por muchos campos, valles y despoblado tenía gentes en grande abundancia en las canteras y pinares labrando piedras y trabajando maderas de toda clase ². Y esto sin contar los numerosos maestros de este género, que llamados de todas las provincias de la nación acudían al Real Sitio para emplear sus habilidades en la gigantesca obra. Añádase á lo dicho que estos artistas y peritos en levantar edificios debían buscar y tener bajo su dirección y cuenta gran número de oficiales formando como compañías, ó batallones de artífices, que iban realizando todos á una el plan general trazado por el arquitecto mayor, que era el jefe común de todos ellos. Lo cual refiere lindamente Fr. José de Sigüenza en estos términos:

¹ «En esta gran fábrica eran muchas, diversas y altísimas las máquinas que levantaban el edificio, de grúas, cabrillas, contrapesos y agujas.» El licenciado Porreño, *Dichos y Hechos de D. Felipe II*, capítulo XIV, pág. 208.

² «Los sacadores y devastadores de piedras llenaban los campos partiendo riscos en tales trozos, que con dificultad los carreteaban cuarenta ó cincuenta pares de bueyes.» *Dichos y Hechos*, parte y página citadas.

«Llegaron á esta Casa el día de año nuevo (1575) sesenta maestros de cantería, que havian sido llamados por el mes de Noviembre passado, allegados de las ciudades y pueblos destes reynos; informándose de las partes de cada uno, se escogieron dellos, y de los que acá estaban, veinte para la fábrica de la iglesia de los más prácticos y experimentados, y repartiéronles los dos estajos de dos en dos con compañeros para que si muriese ó faltase un maestro quedase otro ¹.» Todo este movimiento de gentes hábiles en levantar muros, labrar peñascos y edificar monumentos, ponía en ellos grande emulación y estímulo en pró de las ciencias y de las artes. Y adviértase que Su Majestad remuneraba los trabajos y obras de cada cual conforme á su valor y méritos. «A los que no les cupo parte en la repartición, les mandó Su Majestad dar dos ducados cada día desde el que salieron de sus casas hasta que volvieron á ellas, á razon de ocho leguas de jornada. A los que quedaron con la obra les obligaron á que por lo menos traxese cada compañía quarenta oficiales, y de allí arriba los que quisiesen, dándoles en el mes á cada partida doscientos ducados para los quarenta, y en su proporcion á los que traxesen demás ².»

Esto por lo que toca á la parte más baja y material de la obra; porque sirve mucho á mi intento indicar que en lugares apartados del Real Sitio no se dejaba de la mano la ejecución de muy varios y numerosos objetos necesarios á la continuación y buen remate del edificio. Y esto mismo confirma superabundantemente Porreño diciendo: «En Madrid y Toledo se labraban cuerdas, guindaletas, maromas, hondas, cables y espuertas. En la sierra de Bernardos sacaban pizarra; en el Burgo de Osma y Espeja, jaspes colorados; en la ribera de Genil, junto á Granada, los verdes; en Arañjuez y otras partes, los negros, sanguíneos y de otros varios y hermosos colores; en Filabrés, mármol blanco; en Estremoz y las Navas, de buena leche, pardo y gateado; en Toledo se labraban figuras de mármol; en Milán de bronce, y en Madrid para el retablo y entierros, y las basas y capiteles y la preciosa custodia y reli-

¹ Libro III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, pág. 580.

² Sigüenza, libro III, pág. 580 de la *Crónica de la Orden*.

cario ¹.» Lo cual significa todo junto, y muy á las claras, el provecho grande que las artes y los maestros de ellas recabaron en aquel reinado de grandezas y poderío.

Ni se limita á lo expuesto el movimiento fabuloso en que se vieron el arte y el trabajo reinando el Monarca Prudente, porque aquellas robustas y bien formadas rejas de bronce que en la entrada y otras partes ofrece el templo del Escorial, labrábanse entonces en el reino de Aragón; y las de hierro, admirablemente elaboradas en Guadalajara, Avila y Vizcaya. Y la mayor parte de los candeleros, también de bronce dorado, mayores y menores de muy diversas formas, eran en aquel mismo tiempo fabricados en tierra de Flandes ². Pues ¿quién dirá, ni podrá contar los golpes de los instrumentos que sin cesar resonaban á la vez en los montes alongados y diversos de Cuenca, Toledo, en muchas sierras de América y en la cordillera de los Pirineos? «En los pinares de Cuenca, escribe Porreño, Balsain, Quejigal y las Navas, siempre resonaban los golpes de las segures que derribaban y labraban pinos altísimos; en las Indias se cortaban el ébano, cedro, acana, caoba, guayacán, granadillo. En los montes de Toledo y Cuenca, cornicabra; en los Pirineos el boj; en la Alcarria los nogales ³.»

Y porque tan directamente viene á confirmar la verdad ya muy patentizada, quede aquí otro párrafo del citado escritor, que casi pudo ver con los propios ojos cuanto narra. Dice así: «En Florencia se tejían (para el Rey) brocados riquísimos; en Milán se labraba el oro, cristal y lapislázuli; en Granada, los damascos y terciopelos; en Italia, Flandes y España, los lienzos de pinturas; los laborantes y proveedores estaban repartidos por la Europa y América. Trabajaban sin cesar pintores excelentes de óleo y fresco, estofadores, escritores, iluminadores de libros y gran copia de diestros bordadores y rostreros

¹ Porreño, *Dichos y Hechos*, cap. XIV, pág. 209.

² «En Aragon las rejas principales de bronce; en Guadalajara, Avila y Vizcaya, de hierro; en Flandes candeleros de bronce grandes, medianos y menores y de extrañas hechuras.» Porreño, *Dichos y Hechos*, pág. 209.

³ El mismo autor, en el capítulo dicho, pág. 209.

ocupados en la pintura y ornamentos para el culto divino. Así mismo unos vaciaban grandes planchas de plomo; otros le mezclaban con el estaño, cobre y metal; y hacían campanas, troclas, y poleas, y garruchas; otros hacían órganos y diversidad de instrumentos músicos. El número de la gente que trabajó en esta gran fábrica no se pudo saber, como en el templo de Salomón, por estar divididos en tantas partes ¹.»

No mirando ahora aquellos monumentos eclesiásticos y civiles, ya señalados, que el Rey Prudente edificó en sus dilatadísimos Estados, ¿quién podrá dudar que con la erección solamente de la octava Maravilla dió empuje grande y protección maravillosa á las artes y á las ciencias?

¹ El licenciado Porreño, *Dichos y Hechos de D. Felipe II*, cap. XIV, págs. 209 y 210.